lo había enseñado mirando casi con desprecio al auditorio imaginario.

—Nunca empieces a tocar —le había dicho Von Bergen—, hasta que haya completo silencio; cuando no haya un solo tonto tosiendo, que no se oiga un movimiento de programas ...

Pablo Reendón había sido un buen discípulo, el mejor que Von Bergen había tenido, prometía tanto que ni el mismo profesor se atrevía a medir las posibilidades del muchacho. Claro que confesar esto al chico, era imposible ... ¡ni pensarlo! Algún día podría decirlo, naturalmente, pero aún no.

A menudo —sin embargo— en su solitaria habitación había imaginado lo que diría a su discípulo cuando llegara el día.

—Pablo —le diría—. He enseñado a docenas, centenas de

vez sus labios estaban ligeramente más apretados y sus manos un poco contraídas, nada más. Pero él sabía que los latidos de su corazón se aceleraban haciendo eco a aquella melodía y que las lágrimas lastimaban sus secos ojos al tratar de escapar.

Era una tormenta, esa música que semejaba los truenos del cielo y el sollozar de un corazón. Ciertamente que nunca había escuchado música igual, ni jamás la había producido antes Pablo Reedon.

Fantasmas de los Grandes Desaparecidos parecían vagar por el estudio y cuando el discípulo terminó, el maestro tuvo deseos de ponerse de pie y vitorearlo, pero se contuvo. Von Bergen sabía mantener la disciplina en su alma.

—Bien —dijo— mucho fuego



jóvenes. En Berlín antes de la guerra y en América después de ella ... a todos los he oído. Ahora a ti, que has llegado a ser como mi propio hijo, digo lo que a nadie he dicho jamás. Eres un músico y tu porvenir es un sueño que puedes convertir en realidad. Yo soy un viejo, Pablo, la música ha sido mi vida desde la cuna y a ti no puedo mentirte ...

Estas palabras pasaban por la mente del viejo mientras contemplaba a Pablo, que con sus fuertes y ágiles manos arrancaba del teclado sonidos maravillosos, ahora tremendos como un torrente que se desborda desde una montaña y llenos de una

hay esta mañana. Ahora vuelva al piano y toque ...

Pero Pablo movió la cabeza.

—¿Qué? —dijo el maestro.

Los ojos de Pablo se encontraron con los del viejo.

—Esta será mi última lección con usted, maestro.

—Su última ... Pero ... ¿Por qué?

—Tengo un empleo.

El maestro se enojó. —¡Y no me consultaste!

Pablo volvió a mover la cabeza. —No es la clase de trabajo que usted cree. Voy a tocar en una orquesta ... Música bailable en ...

—¿Por qué has hecho esto?